Ángel Herrero: *Una voz como Lázaro*. Alicante: Aguaclara, 2013, 112 pp.
ISBN 978-84-8018-373-4

Como un ciego en el río. La poesía de Ángel Herrero

MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ¹

La poesía corre como agua rumorosa en el segundo libro del poeta español Ángel Herrero: *Una voz como Lázaro*. Cristalina algunas veces, enturbiada en otras por la presencia de la muerte. Vida y muerte corren entrelazadas. La vida habla, la muerte es muda. Escribir es hablar, transformar la voz en una “blanca nube”. Abandonar la escritura es caer al hondor de la tumba. La situación del poeta amenazado por la muerte, nos remite al Enrique Lihn de los conocidos versos “porque escribí, porque escribí, estoy vivo”. Pero también envía a una diferencia, quien habla en el texto de Herrero es el resucitado, un nuevo Lázaro:

Buscabas
Una voz como Lázaro
Y escribes como otro
Y sientes como otro
Y mueres como otro
Cántico.

(“Inicio”, p. 16)

Si la voz de Lázaro es la del otro, también lo es la escritura y el sentir y el desaparecer. La otredad es un tema clave, fundamental en este texto poético, especialmente en relación a la muerte. Morir como otro es renunciar a la última posibilidad de la agonía: la muerte propia, poetizada, entre otros, por Rilke. Si la muerte es temible, lo es mucho más en cuanto ajena. La muerte ajena es anónima, sin otro significado que el de dejar existir y sin

¹ Profesor de Literatura Chilena y Latinoamericana, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad de Concepción. Concepción, Chile. E-mail: mariorod@udec.cl

ninguna correspondencia con la vida que se ha vivido. El poeta se resiste a morir de ese modo. La forma de resistencia es el cántico, modo sublime de dar las gracias a Dios y a la vida. Canto a la dulzura de la vida que podrá hacer dulce la muerte. Se busca la muerte propia, la enlazada a la vida que le da algún sentido al morir. El poeta descubre que “la muerte es piedad”, toma conciencia que “lo único que existe es el futuro”. Verso complejo, lleno de sobreentendidos que niega un intertexto canónico que sostiene que lo único que existe es el presente o como dice Paz “la consagración del instante”. El pasado ya fue y el futuro todavía no es. ¿Por qué el futuro es la única posibilidad real? Tal vez, porque allí se encuentra la vida posible. El pasado es muerte y el presente ofrenda de resurrección. Si los sobreentendidos sobre la muerte despliegan su constelación de signos en los poemas, en la prosa poética predomina la reflexión, lo que se dice sobre la muerte, los enunciados que la interrogan:

[...] Todavía pensamos que para sanar debemos hacer sacrificios. Pero cuando lo que se nos quita es la vida, cuando el sacrificio es la muerte, ¿cuál podría ser el don mayor?, ¿de qué nos salva morir?, ¿qué puede haber de práctico en que un hombre como tantos muera? No sabemos cómo eran esos sacrificios cuando se ejecutaron y celebraron, pero pensamos que serían rituales y que esperaban el favor de un Dios. En cuanto a nuestra muerte, observemos lo que nos dicen hoy los ritos: cónclaves, familiares, abrazos mudos, duelo, confesión de secretos, dignidad y entereza frente a los extraños, palabras para el muerto... se muere para que sea verdad este lenguaje. [...] (“Teniendo en cuenta el morbosos...”, p. 71).

Amarga y desolada constatación: se muere para poner en funcionamiento un lenguaje, un discurso sacrificial.

Como conclusión, si el mundo es una red de palabras, la muerte es una palabra, ellas exigen el cumplimiento total de los sentidos que desatan: “se muere para que sea verdad ese lenguaje”.

En el lenguaje está todo porque el lenguaje es deseo y este recorre, mueve, esparce y desordena la poesía de Angel Herrero: deseo de vivir, de transformar la muerte ajena en propia, deseo del hogar, de su mujer, deseo de ser nube, deseo de una voz, o mejor de dos voces: la de Lázaro y la del Lazarillo que guía a un ciego. Y añadiría una tercera voz: la del silencio, más elocuente que ninguna otra voz.

La realidad se ofrece como un tejido de voces, de palabras movidas por el deseo. De aquí la hermosa tentativa del poeta de Alicante de “escribir la escritura”:

Escribir la escritura
Como quien graba un cuerpo.

Yo entiendo la exhortación del poeta como un deseo de transformar el cuerpo, la piedra, el cielo, en una pizarra donde se pueden grabar los signos poéticos en rotación, el baile de los signos en el cuerpo y la piedra, a pesar que “el pronombre no sabe que se baila”.

También escribir la escritura puede significar percibirla como en un cuerpo, afirmación que nos remite a quienes postulan que el universo está escrito meticulosamente de arriba hasta abajo, y en signos matemáticos como pensó Galileo Galilei, o bien citando a Borges: “León Bloy escribió la historia es un inmenso texto litúrgico, donde las iotas y los puntos no valen menos que los versículos o capítulos íntegros”, y a continuación, “somos versículos o palabras o letras de un libro mágico y ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo: es, mejor dicho, el mundo!” (Borges 1996: 94).

El poeta desea ser sólo una inscripción, un signo de ese incesante mundo, desea no ser nadie en lo escrito.

“Escribir la escritura” es un verso afortunado, una suerte de apotegma, forma que se repite incesantemente en la poesía de Ángel Herrero y que a mi entender constituye lo más atrayente de su escritura. Son versos que resumen de un modo intenso el dolorido sentir de la vida del sujeto lírico: “Siento que no he nacido/ O que la muerte es esto”; “y ahora talla la muerte”; “lo único que existe es el futuro”; “Si algo pasó no es la vida”; “¿Has sido bautizado?”; “y que las rimas duren”; “Interrogo al lenguaje”; “Como un ciego en el río”; “la lengua germinada”; “Para que haber escrito no haya sido un alarde/ será la última sílaba que escribe/ Un sonido sin dueño ni saliva”.

Versos, casi todos provenientes del final de distintos poemas, que semejan sentencias pulidas por el tiempo y las generaciones. Verdaderos apotegmas relacionados la mayoría con la muerte, impresionantemente significativos en su pluralidad lingüística. “¿Has sido bautizado?”, por ejemplo, es una pregunta que puede ser recepcionado de múltiples sentidos: Ahora que vas a morir, di, ¿fuiste bautizado? O bien, no hay más que dos actos: El bautizo y La muerte. O tal vez, bautízate antes de morir. Lo importante es que en la pregunta se confunde el nacimiento y la muerte, el vagido del recién nacido y el quejido final del muerto, el vagido y el quejido. Reitero que en estos “versos remates” el sujeto poético alcanza su mejor tono lírico. Tal vez deba explicar el término “versos remates” al que uso en dos sentidos: el primero, como término del poema donde éste finaliza o remata; el segundo,

como un acto en que se ofrece o vende algo; en este caso, es la vida que se vende al mejor postor, que fatalmente es siempre la muerte.

Como lector me toca profundamente esta terrible situación, la del vagido y quejido, la de la muerte avariciosa que pone todas sus fichas para “comprar” la vida. En esta línea radical aparece el “verso remate” en que el autor juega todas sus cartas: “Para que haber escrito no haya sido un alarde”.

Poeta Ángel Herrero, no dudes que estos versos, citados desde Chile, desde este “pequeño y frío país”, nunca serán un alarde.

REFERENCIAS

Borges, J. L. (1996). *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

Herrero, A. (2013). *Una voz como Lázaro*. Alicante: Editorial Aguaclara.